



Foto: MAAO

EL CASTAÑO

Ramón Elías Pérez

A Ruperto Hurtado

El caballo tiene la estatura / de las bestias hermosas...
GELINDO CASASOLA (Pasturas)

86

Leía ese hermoso y terrible relato de Baica Dávalos, llamado *Gambito de Cadáver* publicado hace ya treinta años, cuando recordé mi propia historia. Toqué mis pulgares como un practicante de yoga y comencé a evocar; para mí nunca fue difícil recurrir a ese útil recurso para esconderme en un mundo íntimo, solitario. Era de tardecita, me había quedado un buen rato observando los caballos, una especie de ejercicio que me producía una inmensa calma: verlos pastar, caminar con la cabeza gacha y arrancar la hierba con esos labios gruesos. Son animales mágicos, Pegaso, el caballo mitológico, galopa por los aires en su lucha contra los demonios de la tempestad. Ahora recorro el pueblo en un vuelo sobre los techos de las casas, derribo los fantasmas que perturban los sueños nocturnos, me detengo en la cornisa de la iglesia y vigilo. Allí en ese refugio desde lo alto contemplo el mundo.

Había un zaino de buen tamaño, esbelto y con las patas blancas, tenía además una mancha en la frente. El color marrón rojizo era más intenso en la cola y la crin que en el resto del cuerpo. Me imaginaba sobre su lomo, al galope rompiendo el viento y sintiendo el sol en el rostro. Qué clase de bestia maravillosa atrapaba mi atención y me hacía soñar despierto. A un lado estaba *El Bayo* de Carlos Bremen, muy cerca *El Pinto* de Francisco Mieres y más allá *El Castaño* que mi padre me había regalado por haber salido bien en los estudios. A los quince años es el mejor obsequio del mundo para un muchacho que vive en un pueblo donde la gente todavía anda sobre recuas. Cuando pasábamos por las calles de tierra, casi siempre cabalgábamos los tres y un agregado, había un pendejo que gritaba, detrás de la polvareda: ¡Ya la guerra terminó! Se referían a las últimas montoneras del Mocho Hernández, a la gesta de independencia. ¡Vaya usted a saber!

Descubrí ese mismo día que el zaino era el nuevo animal de Boris, el ruso. De ocho cuartas de alzada, desde la cruz hasta las puntas, debajo de

las cuartillas. Con una cabalgadura así, parecía media sangre, no habría toro difícil. Cada mes de mayo se celebraban en el pueblo las fiestas patronales y esa era la oportunidad para meterse en la manga de coleo a limpiar rabo. Derribas el toro y las muchachas llenan tus hombros y pecho con cintas de colores, luego te besan, te abrazan.

Francisco, mi compañero y vecino, me enseñó a montar y a saber, tal vez sin proponérselo, lo que se debía conocer acerca de los caballos. Él, a su vez, aprendió del primo Carlos que era coleador y de más edad. Queríamos imitarlo, porque verlo cabalgar con *El Bayo* era el anhelo de todo aquel que tenía una montura y nosotros éramos seguidores de sus hazañas. Salirse de la silla y tumbar toros, con ambas manos, a puerta de corral y luego volver sobre las últimas vértebras de los astados en la misma carrera.

En la mañana del siguiente día nos paramos temprano y fuimos a buscarlos al monte, llevaban más de una semana comiendo pasto verde y tenían las ancas redonditas. Medio ariscos tuvimos que corretearlos y luego enlazarlos, poco después les colocábamos unos bozales y nos íbamos en pelo desde el pajonal hasta el pueblo. Entonces los bañábamos, le recortábamos las crines y los dejábamos listos para salir a pasear en la tarde. Boris hacía lo mismo pero en su casa, a varias cuadras, por los lados del terreno donde jugábamos al fútbol. Él nos acompañaba en aquellos recorridos. Éramos los tres valientes, decía Francisco recordando las películas rancheras, aunque algunas veces había un cuarto jinete, entonces éramos los forajidos del viejo oeste. Lo más interesante de aquello era que las muchachas nos pedían que las montáramos y les diéramos un paseo. Así descubrí el amor a temprana edad. Ella pegada a mi espalda y al final del camino, debajo de unos árboles frondosos, nosotros dándonos besos y tratando lo imposible.

—No, Migdalia, no se puede, vamos a dejarlo para después —le dije. Sabía en el fondo que ese día no volvería jamás.

Montar era una diversión fantástica, difícil de explicar con palabras, significaba poder vivir la sensación de la fuerza. El caballo se convertía en la prolongación de un sueño recóndito de invencibilidad, de trascendencia hacia una existencia distinta. Cuando íbamos a los potreros y nos dábamos cuenta de lo capaces que eran saltando sobre las zanjas, rehendiendo el monte, uno sentía la respiración debajo de las piernas y escuchaba el sonido de las pisadas en la carrera, aquellas herraduras de hierro hollando el suelo con un ritmo frenético.

Allí estaba enhorquetado sobre él, agarrado de las riendas, sin silla y apartando las hojas del pasto alto para evitar los cortes y los rasguños. Luego

87

de aquellas experiencias regresaba a casa exhausto y cubierto de cadillos, con los pantalones húmedos de ese sudor fuerte, ácido que expelen esas bestias, caminando con las piernas abiertas y con dolores en la rabadilla. Por la noche esas puntadas se hacían intensas pero yo estaba feliz de haber recorrido el pueblo y montado a Migdalia en las ancas y saboreado su boca roja.

El Castaño permanecía en el solar de la casa que era un espacio grande con naranjos, guayabos, tamarindos y mucho monte. Cuando no había esa paja dulce que se expande como la verdolaga lo llevaba hacia el potrero de Las Quintas donde pastaban los otros animales. Allí había alimento en abundancia para los becerros, vacas y toretes de los vecinos, dueños de ganado que no poseían tierra, como el carnicero Julio Monsalve. Los chivos y las ovejas estaban en los terrenos baldíos del norte donde años después construirían un aeropuerto.

Apenas regresaba del liceo, salía a buscarlo. Aquello fue mucho mejor a partir de la llegada de los aperos de montar. Me vino una fiebre adolescente, quería estar ensillándolo a cada rato. El caballo tenía buen paso y era muy manso, con bastante edad según comprobamos por los dientes y colmillos. Poseía algunas mañas y esto lo convertía en un animal peligroso, no porque mordiera o pateara, sino por esa maldita costumbre de cruzar hacia el lado izquierdo cuando le daba la gana. Esta conducta impredecible la pude apreciar el primer día al bajarlo desde la montaña hasta el valle. Era una distancia de unos veinte kilómetros y cuando iba por la mitad el animal se zumbó hacia una trocha, casi me hace caer. Eso no fue lo malo, lo malo fue que se metió en el corredor de una casa con techo de zinc y por poco quedo sin cabeza. Pasado el susto conté lo ocurrido para que se tomaran las previsiones y se supiera, en cualquier momento lo volvería a hacer.

La historia cuenta que por múltiples razones hubo hombres capaces de matar a su cabalgadura. Yo no lo haría, sin embargo obligado por las circunstancias podría hacerlo. Matar a uno de estos hermosos ejemplares, por la razón que fuese, me parece un exabrupto, allí está el disparo: "...El impacto ha sido preciso. Alcanzado por la bala, el caballo da un brusco salto, parándose en sus patas traseras para desmoronarse luego y rodar ovillado arrastrando tras su caída por el talud de la montaña piedras y polvo..."

Magnífico ese cuento, del autor se habla poco, fue un escritor que algún día será recomendado por las escuelas de letras de las universidades cuando salgan de sus cubiles. Han transcurrido tres décadas desde la publicación de este relato, casi la edad de mi hija mayor. Ella no está para escuchar las historias que ahora vienen a mi memoria. El Castaño amarrado en el patio de la casa mueve la cabeza, ahora me subo sobre la silla que tiene arabescos

en el faldoncillo y ha sido colocada en su espalda. Salimos por la calle principal que recorre al pueblo de punta a punta. Francisco me acompaña, buscamos a Boris y al Zaino, se nos une un cuarto jinete de sombrero con ala grande. Nos dirigimos hacia El Roble, a orillas del lago de Los Tacariguas. Es un paseo, una travesía corta por una carretera de tierra bordeada por sembradíos. Al llegar al pueblo nos bajamos en la única bodega, grande y pintada de blanco. Pensamos que es una cantina y nosotros un grupo de forajidos huyendo de la justicia, del implacable comisario que nos busca. Hay un letrero que dice buscados, aparecen nuestras fotos y los nombres, nos tomamos unos refrescos. Tragos servidos por un cantinero calvo que ahora piensa en la recompensa que ha de ganarse si logra atraparnos. Se forma una trifulca y sacamos a relucir las pistolas, se parten sillas y botellas. Las chicas, desde lo alto observan la pelea que se hace cada vez más divertida. Vaqueros desdentados y barbudos lanzan golpes. Con el piano no se metan, dejen la música tranquila. Alguien grita: ¡Ya se acabó la guerra! ¿Quién fue el pendejo que dijo eso? Aquel cascorvo que está allá mirándonos, vamos a colgarlo. Cuando nos disponíamos con la cuerda, una soga curtida por el trabajo y el tiempo, se desprende un aguacero. ¡Esa vaina es una tempestad! Pegaso, el caballo alado, el animal mitológico. ¡Huyamos!

En los pueblos que bordean el lago las lluvias son torrenciales, muchas veces van acompañadas con rayos y truenos. Con el quinto centelleo Francisco dio la partida y la carrera se hizo pareja. A los cuatrocientos metros, El Zaino iba de primero a tres cuerpos de ventaja del grupo que se iba desintegrando. La lluvia me golpea la cara y el pecho, El Castaño corre veloz, vuela detrás de El Pinto, El Palomo va de último con su estatura de circo. La tierra ahora está cubierta por el agua, los pozos están a todo lo largo, vamos por donde llaman Paso Real y en ese brusco movimiento hacia la izquierda me voy saliendo lentamente. La caída es inminente, me agarro pero la inercia me lleva por el cuello del animal, me aferro a las bridas y a la silla. La cincha se rompe y el animal se va de bruces con jinete. Caemos en un charco. Allí estoy en el suelo, mojado, golpeado y lleno de barro. El caballo se ha puesto de pie y no se mueve de mi lado, parece un perro fiel. Francisco Mieres se devuelve y no para de reír, es una risa mordaz, gruesa, estentórea. Boris ha seguido directo hasta su establo y el hombre misterioso, el cuarto jinete, el de caballito blanco ha desaparecido.

No soy capaz de hacerle daño, mucho menos matarlo, pero me provoca tener un bate treinta y seis y partírselo en la cabeza. ¡Al caballo no, a este gran carajo para que cierre la jeta!